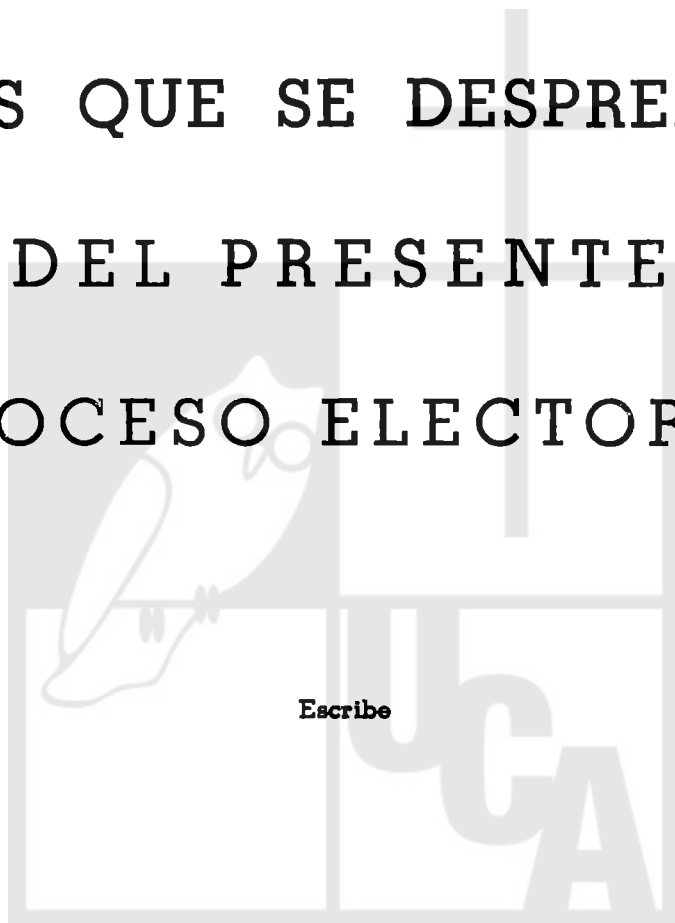


**LA IMAGEN DEL
PAIS QUE SE DESPRENDE
DEL PRESENTE
PROCESO ELECTORAL**



ING. MANUEL ENRIQUE HINDS C.



1. Elementos significativos en la campaña política.

La presente campaña electoral se caracteriza por algunos elementos que la diferencian de las anteriores. Estos elementos son, en alguna forma, nuevos en los procesos electorales del país. Aunque algunos de ellos ya comenzaban a perfilarse en 1967, revistieron en esa fecha, más un carácter de aviso de lo que sucedería después, que el de elementos fundamentales del proceso electoral que se desarrollaba en esos momentos. Las elecciones de 1967 fueron el final de una época en el estilo de las campañas presidenciales; las de 1972 parecen ser el comienzo de otra.

La existencia de una gama de posiciones ideológicas sustentadas por los diferentes partidos políticos contrasta con lo que había sido habitual en las elecciones de nuestro país: la confrontación entre dos o más partidos, cuyas diferencias no pasaban de las puramente personales que existían entre los candidatos y de la circunstancia de que uno de los partidos estaba en el poder, y los otros no. Así, las opciones del elector se reducían a votar por una u otra persona, o a votar por el oficialismo o la oposición. Aparte de que las elecciones se manejaban por el gobierno de tal manera que, en este siglo, sólo una vez (y hace mucho tiempo, en 1931) la oposición ha ganado las elecciones presidenciales, la opción entre personas, o entre "gobierno y oposición", sin más, era una alternativa muy pobre para el ciudadano consciente. Ningún aspecto fundamental del futuro del país era puesto en juego en las elecciones, nada apoyaba la decisión del elector. En la campaña de 1972, es evidente el trasfondo ideológico en al menos, tres de los cuatro partidos que participan. Sin afirmar que estos trasfondos representan una gama completa, y sin dar un juicio, sobre si las ideologías se concretan en distintos modelos de desarrollo del país, puede decirse que en estas elecciones, la opción del lector es más complicada que en las anteriores: debe conjugar ideologías con personas para analizar sus alternativas y decidir por quién votar. Esto es, sin duda, un elemento muy importante en estas elecciones.

La discusión abierta de temas que antes nunca eran mencionados más que como estigmas de otras sociedades, es también una característica esencial del proceso electoral de 1972. El hecho de que hoy se discuta por todos los partidos, como uno de los puntos principales en la campaña, la conveniencia o inconveniencia de realizar una Reforma Agraria, evidencia una seria duda de parte de la sociedad en cuanto a la bondad de las estructuras económicas y de poder que han prevalecido en el agro de nuestro país desde la Ley de Extinción de Terrenos Comunales (1881) y la Ley de Extinción de Ejidos (1882). Igual evidencia es la discusión sobre la sindicalización campesina. Tanto estos temas, como el dirigismo estatal, sobre el que también hay una continua polémica en esta campaña, al ser discutidos, apuntan a una revaloración de los criterios de distribución de

tierra, poder e ingresos que se han usado en El Salvador por mucho tiempo. Por otro lado, también se discute el establecimiento de relaciones con países socialistas, en contradicción con la política exterior de aislamiento con respecto a esos países, que nuestros gobiernos han seguido y apoyado continentalmente, especialmente después de la llegada al poder de Fidel Castro en Cuba. Este elemento está íntimamente ligado con el anterior, ya que la gama se establece según el enfoque que cada partido da a estos temas, y lo que propone se haga con relación a ellos; está muy relacionado también, probablemente como causa de él, con el tercer elemento que caracteriza a estas elecciones.

El otro aspecto interesante de la actual campaña, y original de ella, es la participación activa de empresarios privados en la lucha electoral. Al menos durante los últimos cuarenta años, la participación del capital en los procesos electorales, se limitó a la provisión de fondos para que otros llevaran adelante el trabajo de la campaña electoral. Aunque, por cualquier eventualidad, también se daba el dinero a la oposición, el partido oficial era el beneficiado de este apoyo económico de parte del capital.

La provisión de fondos constituía el signo de la confianza mutua que existía entre el capital y el partido oficial. El primero confiaba en que los gobiernos de los partidos oficiales no iban a amenazar las estructuras económicas y de poder en vigencia en el país, y el partido oficial sabía que, si no se amenazaban esas estructuras, el capital no iba a financiar fuertemente a la oposición y mucho menos, un golpe de estado. Hoy esta confianza se ha roto, y sectores considerables del capital se han lanzado a la lucha proselitista por medio de dos partidos: el PPS y el FUDI.

Es interesante notar aquí dos aspectos en este nuevo elemento en las elecciones del país: uno, que un sector grande del capital se ha separado del partido oficial y le ha negado el apoyo financiero; otro, que ese apoyo financiero no lo ha trasladado a terceros sino que ha asumido él mismo el trabajo y los riesgos de la lucha proselitista. Cambio no sólo de personas a quienes apoyar políticamente, sino de concepto en cuanto al poder político: el capital parece creer ahora más en el poder que dan los votos directamente, que en el que queda al haber contribuido económicamente a una campaña.

El PCN se lo ha demostrado. A pesar de la provisión de fondos para las campañas anteriores, ahora el PCN propugna la realización de ciertas medidas que afectan a las posiciones del capital en las estructuras económicas y de poder en el país, tales como el sindicalismo campesino, una Reforma Agraria neoliberal, y cierto dirigismo estatal en la Economía.

Y con este divorcio, los grupos del FUDI y el PPS, al retirar la confianza a la larga estirpe de partidos oficiales, y el PCN al hacerse acreedor a esta desconfianza, han dado el tiro de gracia a una época moribunda en los procesos eleccionarios del país. Sea que el FUDI y el PPS busquen el poder total, o sea que busquen obtener una posición política fuerte para influir luego en un gobierno del PCN, de todos modos, la vieja época ha terminado. Este hecho es tan importante que es necesario analizarlo para comprender la actual situación, y en este análisis, debe relacionarse con los otros elementos mencionados como importantes en esta elección.

Cabe preguntarse por qué el PCN ha dado motivos para este divorcio. La explicación que parece más evidente es la de que el PCN se ha deslizado hacia el neoliberalismo, porque por segunda vez en las tres elec-

ciones presidenciales en que ha participado, se enfrenta a partidos así llamados izquierdistas, con la circunstancia especial de que hoy éstos han hecho un frente común en vez de ir separados como en 1967. Pero esto no responde a la pregunta mas que superficialmente. Es muy posible que el PCN haya estimado en más de lo que era la confianza que en último término iba a tener el capital en él, o en menos la decisión de actuar en contra del PCN por parte del mismo sector, y así haya creído que con moverse un poco hacia el neoliberalismo, ganaría más votos a la UNO, sin perder el apoyo del capital. En realidad hay un sector del capital que ha seguido apoyando al PCN, lo que parece confirmar esta hipótesis. Pero esto no da una explicación de por qué el PCN corrió el riesgo de perder, al menos, un amplio sector del capital por buscar votos de la UNO. Si es porque consideró que este partido podía conseguir muchos votos, si no lo contrarrestaban, ¿en qué razones se basó para creerlo así? ¿Es que ha habido un cambio en la realidad objetiva del país que haya tenido por efecto un cambio en el equilibrio del poder entre la derecha y la izquierda?

Para unos cambios tan radicales en la contienda electoral, no pueden hallarse cambios comparables en la realidad objetiva del país. En esta, el único cambio que podría ser la causa del nuevo panorama electoral sería la emergencia masiva de representantes de sectores antes marginados de la política a posiciones dentro de las estructuras de poder. Serían estas nuevas masas las que, con su nuevo poder, habrían dado empuje a las ideas que amenazan ahora al liberalismo, y serían, en último término, las que habrían causado el neoliberalismo del PCN. Es necesario analizar si esto ha sido así, investigando si ha habido en los últimos años, una emergencia masiva de este tipo de personas a posiciones de poder político, en el PCN o en los otros partidos, o en otros instrumentos de poder político,

No puede decirse que el sistema formal de distribución del poder haya cambiado en cuanto a votantes se refiere, ya que las elecciones de 1972 se llevan a cabo sobre las mismas bases de representatividad que las anteriores, y en los últimos años no se ha visto ningún incremento espectacular en el número de votantes. La búsqueda de nuevos sectores en el poder político, entonces, no debe realizarse entre los votantes, sino entre los grupos que deciden lo que debe ofrecerse a esos votantes.

Tampoco puede decirse que nuevas masas hayan ingresado a la "sociedad que se oye" en el país, por medio de los partidos políticos. Es cierto que esto ha sucedido en cuanto al trabajo personal en la campaña con miembros del sector del capital; pero ni éstos estaban antes marginados del poder político, ni puede atribuirse seriamente a ellos la aparición de discusiones sobre Reforma Agraria, sindicalización campesina y dirigismo estatal. Ni el PPS ni el FUDI pueden ser considerados como la causa de estos cambios, y en ninguno de estos partidos se ve que existan miembros de esos grupos en las posiciones directivas.

¿Ha habido cambios en la dirigencia de los otros dos partidos, el PCN y la UNO, que puedan ser interpretados como el producto de la afluencia de nuevas masas en ellos? En los partidos que ya existían hace una década, el PCN y el PDC —núcleo de la UNO— no se observa mayor cambio en los cuadros directivos que explique la gradual radicalización de sus planteamientos. En el PDC, las personas que dirigen la actual campaña son prácticamente las mismas que han dirigido y han ido como candidatos en todas las elecciones, desde que se fundó el partido; en el PCN ha habido más cambios en los cuadros dirigentes pero han revestido el carácter

de "herencias" personales, "cambios de guardia", y no el de expresiones de cambios de orientación al partido.

El MNR y la UDN, los otros miembros de la UNO, son partidos pequeños, sin mucha organización, que no pueden haber incorporado a la UNO grandes contingentes de gente humilde antes marginada. Es posible que en su ideología se encuentren más a la izquierda que el PDC, pero en todo caso esa ideología proviene de un círculo de intelectuales, y no de una masa de individuos socialmente menos privilegiados.

Puede argüirse que lo anterior no es verdad, y que en todos los partidos hay grandes contingentes de personas humildes, antes marginadas y que hoy tienen gran influencia en las decisiones partidistas; pero la verdad es que, si esto fuera así, no podría dejarse de notar en los cuadros directivos. Habría, en los partidos más viejos, líderes muy distintos a los que había hace diez años, expresión de un nuevo equilibrio en el poder interno de los partidos; se hubieran impuesto algunos nuevos criterios para escoger los directivos; algunas personas de los nuevos grupos, o apoyadas por ellos, se hubieran filtrado a las máximas dirigencias. Pero ni en el PDC, ni en el PCN se han visto estos cambios.

Un signo bien visible de que los cambios en la orientación de la política no se deben al poder de miembros de sectores humildes, antes marginados de los partidos políticos, es que ninguno de los candidatos a presidente y vicepresidente pertenece a estos sectores. Puede argumentarse que esto es así porque no hay en estos sectores personas capaces de desempeñar tales puestos; pero este es un argumento para justificar el que no tengan influencia, y no una demostración de que la tengan.

Puede decirse también que en el PCN y el PDC existen estos grupos de personas humildes y han entrado desde siempre, y que no ha habido cambios fundamentales en los líderes porque, desde ese tiempo, todos han estado de acuerdo en que los líderes fueran los que han sido.

Pero esto implicaría dos cosas: que en los años transcurridos desde la fundación de ambos partidos los que han entrado no han diferido en su opinión con los que ya estaban; y que, si esto es cierto, el concepto de desarrollo de las masas marginadas que estos partidos tienen es falso, ya que la homogeneidad de los humildes en esos partidos se habría logrado por el silencio y la aceptación de lo que los líderes existentes dicen y hacen. O sea que existe en ellos un paternalismo político, y que los humildes sólo influyen como número, y no como dirigencia. Es posible que dentro de estos partidos existan voces disidentes, pero en todo caso, si las hay, esas voces no se han oído afuera, y ambos partidos continúan siendo dirigidos por las mismas personas, o equivalentes, que han manejado sus núcleos desde hace diez años.

No ha habido, pues, cambios en la composición efectiva del poder en los partidos políticos, y no son estos cambios explicación para la conjugación de gama de ideologías, ataque a las estructuras y divorcio parcial del capital y el PCN en estas elecciones.

Buscando la explicación en la misma línea, la de afluencia de sectores humildes antes marginados al poder político, puede examinarse la vida política a través de otros mecanismos, distintos de los partidos. Esto apuntaría a investigar si las organizaciones sindicales han acogido grandes cantidades de individuos pertenecientes a esos sectores, y han influido luego, de hecho, en la política del país. Difícilmente puede haber sucedido algo así. En primer lugar, queda fuera de este análisis todo el

sector campesino; en segundo lugar, el número de obreros pertenecientes a sindicatos es muy bajo actualmente, por lo que el crecimiento en este número (que ha pasado de 25.917 en 1962 a 44.150 en 1970)¹ menos puede ser la causa que buscamos. En tercer lugar, las actividades sindicales públicas se han reducido al planteamiento de huelgas en determinadas fábricas y a la organización de huelgas de apoyo a estas huelgas, en una visión muy estrecha de lo que es el sindicalismo. Hasta ahora, ningún sindicato ni ninguna unión de sindicatos ha hecho un planteamiento serio sobre los problemas que afectan a toda la comunidad, ni ha demostrado interés en hacerlo.

Si los sectores humildes no han ingresado masivamente a las estructuras de poder político a través de los partidos ni a través de los sindicatos, se infiere que no han ingresado de ninguna forma, y que los cambios en la campaña electoral no se deben a esta afluencia. Siendo que ningún cambio en la realidad objetiva puede ser la causa que buscamos, a menos que hubiera causado cambios en el equilibrio del poder, puede decirse que la explicación de las diferencias de la presente campaña con las anteriores, no está en ningún cambio en esa realidad. Esto parece implicar que el cambio tiene que deberse a un cambio en la percepción de esa realidad por parte de los partidos políticos.

2. El cambio en la percepción de la realidad.

¿Qué ha llevado a los partidos políticos a cambiar su percepción de la realidad?

Tal vez la respuesta haya que buscarla ampliando el campo de estudio, para incluir en él lo que ha estado pasando en todo el mundo, y en Latinoamérica en especial, en los últimos diez años, y hablar de una percepción de lo externo al país, de una de lo interno, y de una combinación de ambas.

Entre los asuntos que sucedieron fuera del país en los últimos diez años, se encuentra uno muy significativo para nuestro análisis a principios de 1962; algo de la misma índole que el divorcio del PCN y el PPS, pero de alcance continental. En aquella fecha, con el incidente de la Bahía de Cochinos, se dió el signo visible de que los Estados Unidos de América ya no eran confiables para impedir que un régimen socialista se instalara y consolidara en América Latina; se empezaba a vislumbrar que Estados Unidos ya no consideraba unido su destino en el continente con el de los grandes capitales al sur del Río Grande. Pero todavía era inconcebible que los Estados Unidos permitieran la existencia de un régimen socialista en América, abiertamente conectado con Rusia y, menos, a unas cuantas millas de su costa. El incidente de la Bahía de Cochinos demostró que sí era posible. La contraorden de Kennedy cambió radicalmente y para siempre la percepción de la realidad internacional de todo el sector capitalista de la América Latina, y dió pie para que este sector ya no confiara más en Estados Unidos para su defensa.

Algunos años más tarde, Perú y Chile crearon las condiciones para que fuera aún más evidente que esta desconfianza estaba justificada.

1. Total de Sindicatos, en toda la República y Trabajadores afiliados, 1962-1970. Página 67. Estadísticas de Trabajo, 1970. Publicación del Ministerio de Trabajo y Previsión Social.

En los años que siguieron a 1962, Estados Unidos fué dando pruebas de que quería fomentar el neoliberalismo en la América Latina, presionando por que se hicieran efectivas algunas medidas como mayores impuestos sobre la renta, flexibilización de la banca, salarios mínimos, y hasta un concepto neoliberal de Reforma Agraria, como el que ellos aplicaron en Japón al finalizar la Segunda Guerra Mundial. Demostraron que les interesaba el mantenimiento del capitalismo en el continente, pero con un concepto tal que en él los actuales capitalistas, especialmente los agricultores, constituían un estorbo para el surgimiento de otros capitalistas, más modernos, más "norteamericanizados". Así surgieron la Alianza para el Progreso, la AID, y tantos otros esfuerzos de Estados Unidos por implantar un régimen neoliberal en América Latina, una "American Way of Life" que hiciera al continente más congruente y dócil con respecto a Estados Unidos.

A estas jugadas estratégicas de los Estados Unidos en el plano internacional, siguió una toma de posiciones en política interna por parte de los dos sectores principalmente ligados al poder en el país. Los capitalistas, no sólo perdieron su confianza en una posible defensa de los Estados Unidos, sino que empezaron a verlo como a un enemigo.² Claro que esto no ha impedido que fuertes cantidades de dinero salgan del país hacia los Estados Unidos; esta fuga de capitales es la medida de cuánto el nacionalismo del capital está limitado sólo a aquellos aspectos que sirven para defender sus intereses.

Los militares no se vieron tan afectados como sus antiguos socios por el cambio de política de Estados Unidos. Al fin y al cabo, paralelamente al programa de "neoliberalización", Estados Unidos llevaba adelante programas de entrenamiento militar contra la subversión interna, que han demostrado su efectividad en Bolivia, aunque no en Uruguay ni en Guatemala. Los militares no se separaron de los Estados Unidos, apoyaron la idea del desarrollismo neoliberal, y siguieron confiando en la capacidad de Estados Unidos de entrenarlos y asistirlos para dominar cualquier subversión que amenazara la estabilidad del ejército. El capital, al fin y al cabo, tendría que acostumbrarse a pagar más impuestos y a compartir un poco más sus riquezas e ingresos; lo cual, según la percepción creciente del ejército, era justo.

El capital resintió esta actitud del ejército y empezó a gestarse una desconfianza mutua entre los dos sectores, que habría de culminar en la ruptura de 1971-1972. Sin embargo, todavía pesaba la larga tradición de alianza y, en fecha tan cercana como 1961, el Ejército había derrocado a un gobierno que se temía fuera socialista.

Al mismo tiempo que estas cosas sucedían, se hizo visible otro proceso en Latinoamérica: la progresiva izquierdización de la Iglesia Cató-

2. Un párrafo del Ideario Político del PPS expresa muy bien esta actitud: "Por una razón inexplicable, en esta campaña electoral, y después de tantos años de destrucción sistemática y de vivir acosada por todas las fuerzas empeñadas en destruirla, la empresa privada, será atacada a sangre fría con la artillería pesada de los decretos que nacionalizan o confiscan la propiedad, como patrimonio de millares de salvadoreños; decretos que no son bien vistos por las grandes potencias cuando se trata del cobre o del petróleo, pero que pasan inadvertidos y hasta pueden ser estimulados desde afuera en nombre del "subdesarrollo" cuando se trata de un pueblo como El Salvador". "Ideario Político del PPS". El Mundo 30-10-71.

lica.³ Este vuelco sensacional, efectuado en la misma década, fue otro factor de gran importancia para el cambio en la percepción de lo que pasaba en el exterior del país, y también en el interior. Por siglos, la Iglesia había sido un socio seguro del capital, de los militares, de los reyes y de los dictadores, habiendo detentado ella misma el poder temporal en forma de riqueza o de puro poder político. Aun ahora, enormes intereses económicos capitalistas están en manos de la Iglesia Católica, aparte de las riquezas que posee en joyas y objetos de arte, y todavía el Generalísimo Francisco Franco, "por la gracia de Dios, caudillo de España", sin ser lo que pueda llamarse un izquierdista, tiene como uno de sus apoyos más fuertes, a la iglesia católica de España, o al menos al OPUS DEI.

El vuelco, pues, se hizo sospechoso, y dió mucho en que pensar a toda la sociedad, incluyendo al capital y a los militares, tanto por analizar las causas que pudieron haberlo motivado, como por los efectos que podría tener en las masas del país, predominantemente católicas.

Distintas posiciones se adoptaron frente al giro de la Iglesia.

Unos creyeron en la sinceridad del cambio, tomándolo como el resultado de una recapacitación llevada a cabo por gente nueva, que quiere llevar el cristianismo al concepto del amor en las relaciones sociales, e interpretando las incongruencias que hay entre las ideas de la iglesia Latinoamericana con las riquezas del Vaticano, como el lógico desfaseamiento entre los revolucionarios y jóvenes y las jerarquías viejas; otros vieron el giro como un cínico cambio de rumbo, para colocar a la Iglesia en una corriente que va a triunfar, en orden a conservar su poder temporal. Dentro de esta segunda categoría quedó incluido el capital, y el resultado de su análisis dió un nuevo golpe a la percepción que de las realidades interna y externa tenía este sector. Precisamente, si el vuelco de la Iglesia se debía a un cambio de estrategia solamente, eso quería decir que el barco del capital se estaba hundiendo en la América Latina en general, y en El Salvador en particular. El capital perdía su segundo socio tradicional, en un período de sólo diez años.

Por otro lado, el capital analizó el impacto que una iglesia católica izquierdista podía tener en las estructuras del país. Y aquí ya estamos en el campo de la percepción de lo que sucede internamente, que es el campo más importante en nuestro análisis. Los sucesos externos sólo han tenido significación en cuanto han condicionado la percepción de los internos, por parte de la "sociedad que se oye", en el país.

Desde principios de la década, esta sociedad ha tenido la inquietante sospecha de que el campesinado, y los otros sectores pobres del país, están pasando por un doble proceso: una masiva pérdida de respeto a las estructuras económicas y de poder en uso actualmente y una también masiva generación de odio hacia las personas que ocupan las posiciones privilegiados en esas estructuras.

En este doble proceso de proletariado del país, si es que existe, y en la percepción que de él se tiene en la sociedad, se encuentra el núcleo de los cambios históricos que se han dado en la última década en El Salvador. La percepción de los sucesos externos, se ha asociado con la percepción

3. En la Iglesia Católica había comenzado ya, desde León XIII, un proceso que presagiaba la revolución que iba a tener la Iglesia Latinoamericana; este proceso, sin embargo, se mantuvo en un alto nivel intelectual hasta la pasada década, en la que comenzaron a verse los signos visibles del cambio, a través de las actuaciones de los sacerdotes del continente y de las declaraciones que hacían en sus reuniones.

de este fenómeno interno, para iluminarlo, y del análisis subsecuente ha resultado el ataque a las estructuras, la gama de posiciones ideológicas, y el total divorcio del PPS y el PCN.

Para analizar el impacto que ese proceso y su percepción han tenido en el país, es necesario remontarnos otra vez a los comienzos de la década de los sesenta. Aun sin saberse a ciencia cierta si realmente se estaba dando ese proceso en el campesinado, los acontecimientos que se daban en todo el continente, desde Guatemala a Chile, y las constantes transmisiones de Radio Habana dirigidas a los radiotransistores del campesinado, hacían pensar que si no estaba ya realizándose se iría a realizar en poco tiempo. A esto se vino a añadir la certeza de que sectores izquierdistas realizaban campañas de esta índole en el agro salvadoreño, y la confusa situación causada por las leyes del salario mínimo y alimentación campesina, que el Directorio dió en 1961 como expresión del nuevo neoliberalismo del ejército y luego derogó en parte. La sociedad entera volvió a pensar en el agro y en la posibilidad de un levantamiento de los campesinos en busca de una mejor manera de vivir; comenzaron a delinearse dos factores principales de preocupación, según el sector al que pertenecía el analista de esta situación. Al capital, le preocupó mayormente la amenaza a las estructuras económicas y de poder; la clase media tendió a preocuparse más por la explosión de odio que podría ser la característica dominante del levantamiento, y el ejército tendió a preocuparse por una posible pérdida del poder, resultante de ese levantamiento armado. El capital siguió sacando dinero del país —a pesar del control de cambio establecido en 1961—, preparando el camino para poder vivir en el extranjero, en caso de que estallara el temido levantamiento; el ejército acogió con beneplácito el entrenamiento antisubversivo de los Estados Unidos, y la clase media empezó a tener una mayor preocupación porque se hicieran reformas en el campo. En esta coyuntura, nació el PDC de un sector de la clase media, como una expresión de esa preocupación.

Primer indicio de las implicaciones que podría tener la Doctrina Social de la Iglesia en el país, el PDC comenzó su vida casi simultáneamente con el PCN, entre 1960 y 1961. Podemos atribuir su nacimiento al encañamiento de dos factores: primero a esa preocupación por el proletariado que comenzaba en el país, y luego al conocimiento de la Doctrina Social de la Iglesia, que desde Europa presagiaba ya el giro que iba a tomar la Iglesia Latinoamericana. La combinación de estas dos percepciones, hecha por un sector católico de la clase media alta, dió como resultado la creación de un partido liberal, pero que creía que el empresario tenía ciertas obligaciones sociales que cumplir en sus negocios, tales como remunerar bien a sus empleados, darles una vida decente, y cooperar en las obras de interés comunal. Es interesante notar que en 1961, el PCN, con sus medidas de implantación de salario mínimo, nacionalización del Banco Central, control de cambio y establecimiento del Consejo Nacional de Planificación y Coordinación Económica, estaba ya en la línea del neoliberalismo, en contraste con el liberalismo más bien paternal del PDC. El PDC era, en aquel entonces, "antigobiernista", pero no representaba mayor peligro a las estructuras del sistema liberal. La imagen del Partido Demócrata Cristiano Alemán daba fe de la orientación del PDC en El Salvador.

Por otro lado estaba el partido comunista y Radio Habana, que fomentaban entre el campesinado el odio al sistema liberal y a las personas que ocupaban altas posiciones en él, y proponían al campesino su solu-

ción estatista en términos de repartimiento de tierras, humillación a los ricos y enriquecimiento de todos.

En este contexto, se dieron los signos visibles del cambio en la orientación de la Iglesia Latinoamericana. La enorme influencia que esta institución ha tenido secularmente en el pensamiento de sus adeptos hizo pensar que el proceso por el cual los campesinos y obreros van perdiendo el respeto por las instituciones liberales se iba a ver acelerado notablemente. En todas las poblaciones hay un cura, y toda la población lo escucha, por lo que podía esperarse que las ideas de izquierda iban a tener una amplia difusión en poco tiempo.

Esto se combinó con el triunfo de la Democracia Cristiana en Chile, en las elecciones de presidente de 1964. Si bien era cierto que Frei había competido contra un marxista (Allende) en esas elecciones, también era cierto que en su programa de gobierno incluía una Reforma Agraria como punto principal, y que el tema de su campaña era "Revolución en Libertad". En El Salvador la sociedad comenzó a ver al PDC no como el partido tímidamente neoliberal, que comenzaba a ser por evolución de su liberalismo, sino como un partido con tintes socialistas, que eventualmente se quitaría su máscara y atacaría al sistema. La percepción de la campaña de Frei, cambió el concepto de la Democracia Cristiana en la sociedad salvadoreña, incluso dentro del mismo PDC. El modelo chileno lo impresionó más que el alemán, y el PDC comenzó a pensar en reformas como la agraria, inscritas en su marco neoliberal.

El vuelco de la Iglesia, y la nueva visión de la Democracia Cristiana hicieron que el capital y otros sectores de la sociedad acrecentaran su sensación de que algo estaba sucediendo, o iba a suceder, en el agro salvadoreño. Sin mediar todavía ninguna manifestación de los campesinos, la percepción de lo que alrededor de ellos sucedía, causó serios cambios en la política del país.

Y así se llegó a las elecciones de 1967. En ellas hubo una sombra del pasado: el antiguo PPS, que representaba al viejo sistema de oposición de personas contra personas. Aparte de este partido, en los planteamientos de los otros ya se vislumbraba el efecto de los fenómenos arriba descritos. El PDC era la expresión de un sector de la clase media que buscaba reformas, pero comprometido, aun en la persona de su candidato —un abogado empresarial— con el mismo sistema supuestamente estaba atacando; el PAR era la expresión de los grupos que fomentaban el odio social, en orden a crear las condiciones para tomar el poder para ellos; el PCN era la expresión de un grupo heterogéneo: la mayoría de los militares, tendientes al neoliberalismo, el capital liberal, y los consabidos que están siempre con el partido del gobierno.

Es interesante analizar la situación estratégica de esas elecciones en orden a entender por qué, a pesar del distanciamiento que en ese entonces ya había entre los militares y el capital, estos dos sectores fueron unidos a la contienda electoral. Unos más que otros, estaban conscientes de lo que podía estar sucediendo en el campo, principalmente con la participación del PAR en las elecciones. La amenaza del socialismo se cernía sobre la sociedad, con su rotura del sistema como efecto más temido por el capital, y por su anulación de la libertad individual y soberanía nacional —por ser de filiación comunista el PAR—, como efecto más temido por la clase media. (El capital no esperaba a que el proceso se hubiera consumado para irse al extranjero). El PCN manejó hábilmente esta coyuntura política, conocedor de que a pesar de lo que podría haber estado su-

cediendo en el campo, la maquinaria del gobierno para ganar unas elecciones todavía estaba intacta; aparentando que esto no era así, forjó, sobre el menor conocimiento que el capital y la clase media tenían sobre la situación en el agro, una histeria colectiva, que aprovechó para sí, poniéndose como el único partido que podía vencer al PAR en las elecciones. Ante una opción tan drástica, el capital decidió apoyar al PCN, ya que el neoliberalismo de este partido, era un mal menor comparado con lo que podría hacer el PAR en el poder.

Los resultados desmintieron la drasticidad de la opción. Los votos que movilizó el PAR fueron relativamente pocos, y el capital y la clase media lo anotaron cuidadosamente como dato para las siguientes elecciones.

Entre 1967 y 1971, sucedió otra cosa en el exterior que modificó las percepciones internas: el golpe militar del Perú. Rompiendo con el modelo neoliberal de los Estados Unidos, los militares del Perú se lanzaron al desarrollo de un modelo socialista propio, sin nexos con Rusia, y sin una dependencia ideológica del marxismo. El impacto de la revolución Peruana estremeció al continente, no sólo por ser revolución, sino porque fué hecha por los militares. En un país de Latinoamérica, el ejército había completado el giro: de liberal a neoliberal, y de neoliberal a socialista. Esto fué percibido claramente por el capital, que comenzó a ver el movimiento del ejército y del PCN hacia el neoliberalismo, como la primera etapa de un proceso que sólo se detendría hasta llegar al socialismo.

Los otros sectores del país también percibieron lo que había pasado en el Perú, seguramente incluido el mismo ejército. Los partidos de la izquierda de la gama política del país comenzaron a preguntarse seriamente si habría, dentro del ejército, personas que vieran en el caso peruano un ejemplo, si bien no para dar un golpe socialista por ellos mismos, sino para apoyar un gobierno de izquierda electo democráticamente. Es interesante, respecto a este punto, el planteamiento que hizo la UNO a través del discurso, que su candidato a presidente pronunció cuando lo nominaron:⁴

"Quiero referirme también a la fuerza armada, como una institución que ha tenido una participación importante en la vida política del país".

"Considero fundamental que esta institución no esté distanciada del pueblo, y su participación en este magno proceso de unidad —que está gestándose en los distintos sectores— es uno de nuestros primordiales objetivos, porque estoy seguro que la mayoría de los hombres que la integran, surgidos de las entrañas del pueblo, se identifican con las grandes aspiraciones nacionales".

"A pesar de que la institución armada carga con la seria responsabilidad de haber sido durante varias décadas un instrumento de las minorías dominantes, sé perfectamente que ello ha obedecido al abuso de las camarillas políticas, que se han aprovechado del sentido de disciplina y obediencia que constituye la esencia de la institución armada".

4. Tomado de "La Prensa Gráfica", 27 de octubre de 1971.

"Tengo un elevado concepto de la noble misión que corresponde desempeñar a la fuerza armada en la defensa de la soberanía nacional y el mantenimiento del orden institucional".

"Creo en el gran papel que un ejército compenetrado con las aspiraciones del pueblo puede realizar en un proceso de cambios encaminados a satisfacer las necesidades más apremiantes de los salvadoreños".

"Manuel José Arce, fundador de nuestro ejército, dijo: 'el ejército vivirá mientras viva la República'".

"Para mí, la República no puede vivir plenamente si no existe una verdadera democracia y una auténtica justicia social. He ahí la responsabilidad de la fuerza armada en este momento, para que viva la República".

Hay una incógnita en cuanto a la percepción del ejemplo del Perú por parte de los militares, y la UNO aventura un párrafo para ver si encuentra eco en el ejército.

Hasta aquí, hemos reunido los elementos que han afectado la percepción de la realidad de parte de los distintos sectores de la sociedad. Veamos ahora cómo cristalizaron en las distintas posiciones de los partidos en la contienda electoral de 1972.

3. Las elecciones de 1972.

El capital, sintiéndose abandonado por dos de sus socios más antiguos, Estados Unidos y la Iglesia, y con serias sospechas de haber sido abandonado por el otro, el ejército, se enfrentó a una decisión trascendente al acercarse las elecciones de presidente: apoyar al PCN o salir con otro partido. La decisión no era tan fácil. Había varios factores en favor de seguir con el PCN. En primer lugar, el PCN no había repudiado abiertamente al capital, y más bien al contrario, había mantenido una posición ambigua, que podía interpretarse como la de un defensor que obliga a su aliado a ceder algo para no perderlo todo; en segundo lugar, las reformas planteadas por el PCN eran las más suaves de todas, y permitirían al capital ganar un poco de tiempo comparado con lo que se temía podía hacer la UNO; en tercer lugar, el PCN cuenta con la fuerza de todo partido oficial, y salir en contra de él significaría perder toda influencia en un futuro gobierno del PCN; en cuarto lugar, pesaba todavía el factor de seguridad psicológica que daba la alianza con el ejército. Por otro lado, también existían factores de peso para separarse del partido oficial. Podía pensarse que, si el PCN iba a derivar a un socialismo, era mejor comenzar la lucha política cuanto antes, en vez de comenzarla cuando ya fuera demasiado tarde; además cabía pensar que la única influencia valedera que podía obtenerse en el PCN, era la que da el poder político de contar con votos populares y diputados en la Asamblea, ya que el poder que da la posesión de capital estaba debilitándose; finalmente, estaba el hecho de que las medidas neoliberales que planteaba el PCN, podrían ser intolerables a sus intereses.

La decisión fue tan difícil que no se tomó unificadamente. El capital se dividió en cuatro sectores. Los más politizados, optaron por quedarse, por esta vez, con el PCN, por la seguridad que da el apoyo del ejército, y

por una apreciación de que lo que dice el PCN no se va a traducir en tanta reforma como parece; en cinco años de respiro se puede ver lo que se hace. El sector más derechista del capital agrario, se apartó del PCN y fundó el FUDI, sin ideología clara, pero con criterios de acción bien definidos para la protección de sus intereses. Consecuentemente con el estilo con que la antigua aristocracia agraria participaba en la lucha proselitista en el siglo pasado, buscaron la alianza con la expresión del militarismo fuerte y voluntarioso, con la esperanza de que vibren en el pueblo las fibras, que tradicionalmente vibraban, del gallismo y la tendencia a depender del partenarismo del militar que exprese ese gallismo.

Otro sector del capital, más sofisticado por ser industrial y urbano, optó por tomar el PPS y transformarlo en un partido ideológicamente liberal. Nominaron candidato a un abogado liberal y confiaron en obtener votos a base de insistir en una imagen, frente al pueblo, de ser empresarios de éxito y ser los únicos responsables del progreso de la economía del país. Es significativo, y puede ser un indicio de cuál es el sector del que piensan sacar más votos, la insistencia que hacen sobre el alto abstencionismo que ha habido en las anteriores elecciones del país; es algo así como el llamado a "la mayoría silenciosa" que hizo el Presidente Nixon en las elecciones de 1968 en su país. Tres párrafos del "Ideario Político del PPS", sirven para ilustrar estos dos puntos de la política del partido:⁵

"El PPS no rehuye la confrontación de los contrincantes políticos ante la opinión pública, entre otras cosas porque ha comprobado que sus adversarios no sólo no han renovado ni mejorado su "catálogo de promesas", sino que algunos han recurrido al plagio, al mostrar como obra de su habilidad técnica y política y de su asistencia financiera, el aumento del producto nacional, aumento que es obra exclusiva de la empresa privada.

"El Partido de la Casita sabe que ninguno de los problemas nacionales es invencible y que si al llegar a reducir al mínimo la masa que se abstiene de votar, haciendo que por medio del voto, esa masa participe en el manejo de la administración pública, para neutralizar las fuerzas negativas que mantienen esos problemas de atraso y de injusticia social en nuestro pueblo, ya que desde hace varias décadas esas fuerzas conservan el control absoluto del gobierno, con la consigna de mantener problemas permanentes para disfrutar de privilegios permanentes".

"El Partido de la Casita, PPS, está seguro de poder despertar con su voz vigorosa a esa gran mayoría salvadoreña que guarda silencio en las elecciones".

El PPS es, pues, una expresión de un grupo del capital que cree que valdrá más el poder que da el apoyo de los votantes que el que da la posesión de un capital, en el siguiente periodo presidencial, y que cree que con ese poder, podrá negociar en mejor posición con el gobierno que exista.

Es interesante notar aquí que el PPS no hace, en su Ideario Político, una defensa de la propiedad por la propiedad en sí. En esto hay una influencia del pensamiento neoliberal moderno y de la "propiedad en fun-

5. Tomado de "El Mundo", 30 de octubre de 1971.

ción social" de la Constitución Política; asimismo, puede haber un recuerdo de que gran parte de la propiedad agrícola pertenecía al pueblo y a la nación, antes de promulgarse las leyes de Extinción de Terrenos Comunales y de Ejidos, bases históricas de las estructuras de propiedad en el agro salvadoreño desde 1881-82 para acá. En vez de eso, el PPS defiende el mantenimiento de la propiedad privada en el mismo sector social, por razones de desarrollo y eficiencia.

Un cuarto sector del capital, perdió la confianza en el PCN, pero no intervino ni en el FUDI ni en el PPS. En este sector han permanecido los indecisos y los que no gustan de la política, pero también los que, siendo neoliberales y más evolucionados en sus conceptos de capital y bienestar social, no creen en el PCN ni en la UNO por considerarlos demagogos e ineficaces; tampoco creen en el PPS, por su improvisación, ni en el FUDI, por su extremismo de derecha. Abiertos mentalmente a nuevas soluciones, pero prisioneros de su ambiente, los miembros de este sector del capital se debaten en una ambivalencia que les impide actuar con seguridad en política.

Así es como el capital va dividido en estas elecciones, y así es como una gran parte de él ha roto con el PCN, no confiando más en terceros, sino sólo en su propia gente. Si dos socios tradicionales se le han retirado ya, y cree probable que también se retire el tercero, la conclusión lógica es asumir la propia defensa y ya no confiar más en socios.

Por otro lado, los partidos de la clase media no oficialista, han seguido su evolución natural de irse radicalizando en su neoliberalismo, rodeándolo de un lenguaje revolucionario confuso, que a veces parece indicar la existencia de un izquierdismo dentro de ellos. Este proceso de radicalización en el lenguaje tiene su origen, como ya vimos en percepciones por parte de los dirigentes, y no en realidades objetivas, que dieran un mayor poder a las masas maltratadas por el sistema dentro de esos partidos. Es lógico que esta percepción de las realidades externas e internas produjera esa radicalización.

Externamente, el triunfo de Allende en Chile, la campaña socialista de Tomic en ese mismo país y la revolución peruana, son hechos que evidencian una tendencia al socialismo en los partidos que pretenden defender los intereses del pueblo, y cabe suponer que, con los medios de comunicación actuales, el pueblo se ha apercibido de esto. Internamente, el avance hacia el neoliberalismo del PCN amenazaba con quitarles la bandera de defensores del pueblo.

Había que radicalizarse de alguna forma, y rápidamente, para mantener esa bandera.

Consecuentemente, se radicalizó el lenguaje. Pero como esta radicalización no tenía mayor base que la dada por el momento político, no podría más que introducir confusión en los planteamientos de la UNO. Por esto las constantes denuncias de este partido contra las injusticias sociales, que evidentemente existen en el país, no van nunca acompañadas de soluciones concretas ni planes de acción; por esto, también al quitar esas denuncias de los manifiestos de la UNO, no queda nada ideológico, ni neoliberal ni socialista, quedando sólo líricas frases que anuncian el triunfo del pueblo.

La medida del valor asignado por la UNO a las palabras como sustitutos de soluciones concretas, fue dada por el mismo candidato a

presidente de este partido en una intervención televisada. En ella afirmó que durante su gobierno el producto territorial bruto iba a crecer a una tasa del 8% anual a precios constantes, como si esa tasa pudiera fijarse por decreto, ya que no dijo cómo iba a lograrla. En ese plan, todos los candidatos podrían irse turnando frente a las cámaras de televisión, y ofrecer el 10 y luego el 15 y el 20% de crecimiento a precios constantes, en una progresión que sólo terminaría con la realización de las elecciones.

La falta de planes concretos es evidencia de que el lenguaje radical de la UNO no es el resultado de serios estudios sobre la realidad nacional, sino que proviene de una percepción de las circunstancias políticas del continente y del país. Lo mismo puede decirse del lenguaje, radical o no, de los otros partidos, ya que la falta de estudios serios y soluciones concretas no es exclusiva de la UNO.

Así los elementos nuevos en las elecciones de 1972 se deben, no a un cambio en la realidad objetiva del país, ni a un estudio concienzudo de esta realidad, sino a un juego de percepciones que el capital, el ejército y un sector de la clase media han tenido de ella, y de los sucesos del continente que podían afectarla.

En ese juego de percepciones, unos tratan de adivinar lo que harán los otros frente al pueblo, y actúan luego sobre lo que creen adivinar, dando más elementos a los otros para sus propias percepciones. El juego no va a la deriva, debido a las corrientes continentales que lo empujan a la izquierda desde Chile y Perú.

Tenemos ya los elementos para formarnos una imagen del país en las elecciones de 1972. Tienen los indios del Perú una expresión que la describe. Perciben los indios que hay una tendencia en los blancos a tener la seguridad de que saben, por ciencia infusa, lo que son, quieren y necesitan los indígenas, sin necesidad de investigar su realidad; han observado también que esa tendencia va acompañada de una proclividad a discutir fuertemente estos temas entre ellos, sin hacer nada efectivo después. Cuando los indios ven discutiendo así a los blancos, se miran entre sí, y comentan: "pleitos de blancos". Se dan cuenta de que detrás de todas esas discusiones hay una despersonalización del indio, una reducción de su condición de hombres a la condición de objetos; saben que el verdadero motivo del pleito no son ellos, los indios, sino los instrumentos del poder de la sociedad blanca, y que si vienen a pelearse por ellos es porque quieren ocuparles para sus fines en esa sociedad.

Algo parecido sucede en El Salvador en estas elecciones. Los humildes, los pobres, ven cómo se discute lo que hay que darles, cómo se dice que hay que desarrollarlos; pero no ven las realidades concretas de un proceso en el que, confiando en sus potencialidades humanas, se les inste a trabajar por su propio progreso y se les dé la oportunidad de hacerlo. Humillados y ofendidos desde hace siglos, no ven delante de sí nada más que la perpetuación de su humillación más íntima: su incapacidad para forjarse, con su trabajo y esfuerzo, su propio destino.

Esta es la imagen del país en las elecciones de 1972. Un pueblo vejado y anulado por un sistema de egoísmo organizado, y una constante discusión de los males que lo aquejan. Pero como estas discusiones no son motivadas ni apoyadas por estudios serios de la realidad, son apenas otra manifestación del mismo sistema. Los humildes, los maltratados, podrían mirarse entre sí y comentar con tristeza: "Es un pleito de blancos".